

JUAN M. MOLINA DAMIANI, RETABLO DE NUESTRA GUERRA: RAFAEL PORLÁN, EDUARDO LLOSENT Y MIGUEL HERNÁNDEZ, PRÓLOGO DE PEDRO LUIS CASANOVA, JAÉN, DIPUTACIÓN, 2020, 94 PP.

JUAN CARLOS ABRIL
Universidad de Granada

En esta nueva entrega de sus ensayos críticos, Juan M. Molina Damiani (Jaén, 1958) nos ha regalado un opúsculo, como reza en el colofón y, como tal, un libro breve en el que se recogen tres artículos, a saber: «Modernidad, compromiso estético y tradición», «¿Habrá olvidado?», y «Conciencia, diálogo y verdad», junto a una profusa — como es habitual en él y todas sus publicaciones — y detallada «Bibliografía y fuentes», y un interesante elenco de ilustraciones, convenientemente también repertoriadas en un último apartado. La Diputación de Jaén, a través del Área de Cultura y Deportes, y más en concreto la Fundación Legado Literario Miguel Hernández, depositaria del legado del oriolano universal, ha tenido la gentileza de editar a color este volumen, con lo que su belleza cobra doble interés, ya sea solamente hojeándolo.

La figura central de este libro, cómo no, es Miguel Hernández, por su trascendencia e importancia metapoética, por

su altura literaria, pero el personaje que ejerció como eje en esta tríada es Eduardo Llosent, poeta secreto que nunca publicó libro exento en vida, pero que dirigió desde 1926 la famosa *Mediodía. Revista de Sevilla*, una de las revistas más importantes para el Veintisiete. Llosent estuvo en los actos gongorinos del Ateneo de Sevilla, y allí entabló amistad con algunos integrantes del Veintisiete... Por agregar algún detalle más a la interesante historia de esta revista, podemos apuntar que, aparte de la dirección de Llosent, su consejo rector estuvo integrado por Joaquín Romero Murube, como redactor jefe; Rafael Porlán, como secretario, y Alejandro Collantes de Terán, como administrador, que fallecería en 1933 a la edad de 32 años. Sus principales colaboradores fueron José Bergamín, Benjamín Jarnés y Jorge Guillén. También participan Adriano del Valle, Fernando Villalón, José María Cossío, Antonio Espina, Juan Ramón Jiménez, Antonio Marichalar, Eugenio d'Ors, Rafael Porlán, José María Quiroga Plá, Anto-

nio Machado y, en menor medida, Rafael Alberti, Vicente Aleixandre, Manuel Altolaguirre, Luis Cernuda, Gerardo Diego y Federico García Lorca, entre otros. Como editores aparecen los impresores Mejías y Susillo.

Mediodía. Revista de Sevilla tuvo tres épocas. De 1926 a 1929 editó 14 números; en 1933, dos, y en 1939, tres números (ya con un elevado tinte faccioso que los tiempos exigían en plan adhesión). En total, 18 números. La colección incompleta de la Biblioteca Nacional corresponde a la primera época, de la que existe una edición completa en facsímil publicada en 1999, editada por José María Barrera López, *Mediodía. Revista de Sevilla (1926-1929)*, números 1 al 14, por la editorial también sevillana Renacimiento... Un año después fue analizada en una monografía publicada por Danièle Musacchio, *La revista Mediodía de Sevilla...* Aunque Luis Cernuda publicó algunos textos en su primera época en *Mediodía. Revista de Sevilla*, lo cierto es que el autor de *Desolación de la Quimera* se alejó todo lo que pudo de esta revista localista y provinciana, que no le gustaba nada. Como sabemos, Luis Cernuda es el mejor poeta español sin duda del siglo XX, y huyó de *Mediodía. Revista de Sevilla* como de la peste. No sucedió con otras revistas como *Litoral*, que siempre le pareció que respiraba mejor... En cualquier caso, *Mediodía*, de periodicidad mensual, con un diseño tipográfico modernista y entre 28 y 36 páginas cada número, pretendió estar alejada de las vanguardias, fue ilustrada e incluyó anuncios publicitarios. Junto a las composiciones poéticas, sus páginas recogieron artículos de crítica literaria y artística e, incluso, de carácter local. Además, en 1939 apareció *Arenal de Sevilla*, suplemento de *Mediodía. Revista de Sevilla*, ya en

esa tercera época protofranquista aludida, y casi de forma testimonial.

Eduardo Lloset (1905-1969) fue amigo personal de Miguel Hernández (1910-1942) y de Rafael Porlán (1899-1945). Ya hemos señalado que con Porlán compartió los órganos gestores de *Mediodía*, y con Hernández tuvo muchas complicidades, como muestra el epistolario y nos relata aquí Molina Damiani (p. 37 y ss.). Seguramente no hay duda, por otra parte, de que, de los tres, quien tuvo la vida más apasionante, más corta y fascinante, fue el oriolano. No sabemos si el talento le castigó, pero lo cierto es que apenas vivió 31 años para convertirse en uno de los referentes de las letras en lengua española del siglo XX, y parte de lo que va del XXI. De la relación entre Porlán y Hernández no hay documentación, ni datos, aunque en los pocos meses en que el oriolano estuvo viviendo en Jaén, en 1937, vivieron muy cerca, ya que se hospedaban apenas a unos metros de distancia, y es muy posible que coincidieran en alguna tertulia o reunión (p. 12). Más conociendo la relación que había entre ellos y Lloset. Pero no hay testimonio. En cualquier caso, qué duda cabe de que la oscura y primera posguerra, «alta posguerra», como dice Molina Damiani en varias ocasiones, vino a trastocar todo, y en especial el mundo de las letras. Lloset, por su parte, visitó a Hernández en la cárcel, le procuró ayuda cuando este pasó por Sevilla camino a Portugal, en la primera de sus detenciones, y trató de ayudarle en lo que pudo. Ya sabemos el resto de la historia. Hernández se negaría una y otra vez a abjurar del comunismo, de la libertad y de su postura política y, aunque tenía la conciencia limpia pues no había cometido ningún delito de sangre, lo cierto es que había

ocupado un lugar destacado en el ejército de la II República, al mando de órganos de propaganda, y su situación era muy comprometida. Era la época de la Victoria, no de la Paz, siguiendo al Fernando Fernán Gómez de *Las bicicletas son para el verano*, y los vencedores no perdieron un solo momento en comenzar las delaciones y traiciones. Nos dice Molina Damiani en una nota a pie de página:

Por más que a veces difieran en determinados pormenores, en buena parte de los relatos que atienden la vida de Hernández desde el final de la Guerra Civil hasta su muerte se hace mención a los esfuerzos de Eduardo Lloset para que el oriolano escape de la maquinaria represiva del primer franquismo, edificado en el terror, las delaciones, las cárceles, los juicios sumarísimos y sus ejecuciones en las tapias de los cementerios. Si Miguel fundó en Lloset «todas sus esperanzas [...], por desdicha no llegaron a cumplirse» – constatación de Oliver Belmás [1967: 195] que completa Andrés Trapiello al advertir que «aunque resultó inútil su ayuda, [Lloset] se la brindó [...] en el Madrid de las depuraciones y fusilamientos» [1994: 562]. Fueron muchas, sí, las gestiones del matrimonio Lloset-Formica a lo largo del calvario vivido por Hernández durante sus tres últimos años de vida, especialmente hasta que a finales de junio de 1940 se le conmute al poeta su pena de muerte, gracia que le evita así otro «caso Lorca» a la España militarizada de la alta posguerra, a su régimen nacionalcatólico, un estado caudillista que germaniza su cainismo, incapaz de perdonarle a nadie su compromiso con la II República. (nota 3, p. 43).

Así que con este apunte adelanto a los lectores lo que nos vamos a encontrar en este *Retablo de nuestra guerra: Rafael Porlán, Eduardo Lloset y Miguel Hernández*, un libro breve e intenso del maestro

Molina Damiani, que nos ha regalado esta indagación, de la mano de Miguel Hernández, hacia un personaje importante de su intrahistoria y asimismo de la historia literaria española de la primera mitad del siglo XX, Eduardo Lloset.

El último de los puntos donde descansa este triángulo isósceles, en el que el ángulo agudo es el oriolano sin duda, Rafael Porlán, cordobés de nacimiento, dejó muchos poemas dispersos y colaboraciones a lo largo de su vida. Aunque ha habido intentos de sistematizar su obra, incluidos los del jiennense Manuel Urbano, todavía deberíamos aspirar a una edición filológica que podría convertirse en una tesis doctoral. Como poeta, además, solo publicó un libro, bajo el amparo de la colección «Mediodía», en la Sevilla de Queipo de Llano, pero impreso en el Jaén republicano de 1936 (p. 51), *Romances y Canciones*. Dice sobre este poemario Molina Damiani:

Único poemario édito de Porlán en vida, maridando instinto y conciencia, lo dionisiaco y lo apolíneo, plegándose a esa razón poética que ensancha la vital, *Romances y Canciones* ecualiza su simbolismo clásicamente: su música se acuerda a las convenciones racionalistas del metro para explorar sin querer la conciencia que la produce. Nada neoclásico, su matriz constructivista es barroca: su autor dejó el surrealismo para abandonarse al irracionalismo porque el automatismo no le permitía depurar lo que su conciencia seguía escondiéndole de modo arracional. Frente al Porlán sevillano que había desobjetivado lo objetivo del mundo desde su surrealismo incipiente, el

de Jaén objetiva lo subjetivo de su vida por su irracionalismo primitivo, vitaminado por las rehumanizaciones realistas de más fuste del ciclo 1932-1945, si bien distante de esa vanguardia que a partir de 1930 se quiso sobre todo trampolín revolucionario pero durante nuestra guerra iba a exigirse ser clara, asequible, naturalista, una dirección estética que el empeño moderno de Porlán había visto con toda clase de prejuicios antes de sus *Romances y Canciones*, un libro confesional cuya encarnadura estilística, más ecléctica, es producto del liberalismo de un poeta que ya ha vuelto al orden (p. 52).

Quedan más cosas para decir de este *Retablo*, el cual podríamos seguir cotejando, como las atractivas páginas y comentarios sobre la vigencia del romance, ya en la estética del primer compromiso de los años treinta, el de Alberti y Brecht, antes de la sistematización que encabezó Sartre a partir de 1948 en *¿Qué es la literatura?*, y en la argentina Losada a partir de 1950, en traducción de Aurora Bernárdez...

Pero basten estas palabras a modo de resumen y exégesis para celebrar este volumen, *Retablo de nuestra guerra: Rafael Porlán, Eduardo Lloset y Miguel Hernández*, del que en su prólogo Pedro Luis Casanova asegura que «nos pone ante la única conexión que hace posible que la timba del peor cainismo interrumpa su bárbaro relato: la del arte, la de la poesía, cuyo destello, por fugaz que pueda resultarnos, viene a salvar la mirada del Hernández que implora, poco antes de su agonía civil, al corazón de la cultura» (pp. 9-10), un opúsculo compuesto con cariño y dedicación, con sabiduría y goce, con rigor, en suma, como un cuadro o retablo al modo de *tableaux* impresionistas, que nos habla de una época que siempre es necesario visitar, y de la que todavía quedan muchas cosas por decir. Gracias, Juan M. Molina Damiani por este libro, una vez más, por estar ahí y por esta indagación y curiosidad tuyas para mantener vivo el recuerdo y la poesía, los personajes de primera, de segunda e incluso de tercera línea, y por esta búsqueda y rescate que, aunque no lo parezca, siempre son necesarios.